

RAYMOND ARON

INTRODUCCIÓN  
A LA FILOSOFÍA POLÍTICA

DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN

Edición, prólogo y notas  
de Jean-Claude Casanova

Traducción de Luis González

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *Introduction à la philosophie politique.*  
*Démocratie et révolution*

© Éditions de Fallois, 1997  
© de la traducción, Luis González  
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano  
Ilustración de cubierta: Aleksandr Mijáilovich Guerásimov  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: noviembre de 2015

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-943664-5-1  
Depósito legal: C-1708-2015

# ÍNDICE

PRÓLOGO, POR JEAN-CLAUDE CASANOVA	11
INTRODUCCIÓN	17
PRIMERA PARTE. DEMOCRACIA	23
1. Tentativa de definición de la democracia	25
1. Análisis de la democracia occidental	25
2. Las formas de la democracia así definida	36
3. El principio de la democracia	44
2. Ideas y realidades democráticas	51
1. La soberanía del pueblo	55
2. La libertad	62
3. La igualdad	70
3. La inestabilidad de las democracias. Sus causas	77
1. La ambición de los hombres y la apelación a las masas	79

2. La disociación entre el poder político y el poder social	90
3. La democracia es el único régimen que, por sus principios, cree no tener que defenderse de sus enemigos	96
4. La corrupción de las democracias	103
1. La corrupción debida a las consecuencias del propio sistema de competición	103
2. La corrupción debida a la disociación entre el poder político y el poder social	113
3. La corrupción debida a que los enemigos de la democracia se hacen más fuertes que sus partidarios	115
4. La corrupción de la democracia francesa	118
5. ¿Qué sería necesario hacer en una democracia corrupta?	124
5. La acción propia del sistema de competición	127
1. La acción política	128
2. El dinamismo económico	135
3. En qué sentido son contradictorias ambas evoluciones	142
6. Las ventajas y los inconvenientes del sistema democrático	149
SEGUNDA PARTE. REVOLUCIÓN	153
7. Las ideas fundamentales de la doctrina marxista	155

## ÍNDICE

1. Las libertades políticas consisten en reconocer a todos los individuos de una sociedad como libres e iguales	156
2. La alienación y su origen económico	160
3. La misión del proletariado	163
4. La supuesta demostración de la autodestrucción del capital	168
5. La concepción marxista de la historia	171
8. La transformación del marxismo en milenarismo	177
1. Las razones de la transformación	177
La riqueza del marxismo	178
El equívoco	180
2. Las diferentes formas de marxismo	193
9. Las instituciones de las «democracias populares»	203
1. La existencia de un partido único en el poder y sus consecuencias	203
2. Las instituciones económicas: la planificación integral	208
3. La reconstrucción de un orden social, de una jerarquía	214
4. La situación del régimen soviético respecto al estalinismo y a los diferentes marxismos	220
10. Democracia y revolución	225
1. De la revolución a la democracia	226
2. De la democracia a la revolución	229

INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA POLÍTICA

3. Oposición entre democracia y revolución: maquiavelismo y mesianismo	234
4. Poder temporal y poder espiritual	240
CONCLUSIÓN. HISTORIA Y CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA	247
ÍNDICE ONOMÁSTICO	275

## PRÓLOGO





Raymond Aron no enseñó en la universidad durante el periodo comprendido entre 1938, año en que estuvo a cargo de un ciclo de conferencias en la Facultad de Letras de Burdeos, y 1955, cuando se incorporó a la Sorbona. La guerra y, posteriormente, el periodismo lo alejaron de su *alma mater*. Sin embargo, no renunció a la enseñanza y, entre 1947 y 1955, ofreció algunos cursos en la Escuela Nacional de Administración (ENA) y en el Instituto de Estudios Políticos de París. Se ha conservado uno de ellos, el que ofreció en la ENA en trece lecciones, del 21 de abril al 17 de octubre de 1952. Dicho curso, tal como se dictó y apenas retocado por Aron, se puso a disposición de los alumnos, como era costumbre entonces en la Escuela de la calle de Saints-Pères. Ahora contamos por fin con su publicación en forma de libro.

El lector descubrirá a uno de los más grandes profesores de los años de posguerra. La maestría, la claridad resaltada por una voz de bronce, el rostro vivo, los gestos medidos, la mirada de un azul profundo dirigida al auditorio para captar los interrogantes, ese estremecimiento contenido que le era propio, el pensamiento a veces irónico pero siempre preciso, que desvelaba, una tras otra, las fa-

cetas del tema en busca de lo esencial: todo ello hacía de Aron un orador excepcional en el medio universitario.

La transcripción de las conferencias tan solo nos da una idea aproximada de un arte oratorio caracterizado por la expresión límpida, por el movimiento de la argumentación, por el poder de síntesis. Sin embargo, ofrece al lector de hoy una preciosa introducción a la filosofía política que conserva las principales virtudes de la exposición oral.

El curso estuvo destinado a los alumnos de la promoción Paul Cambon, quienes posteriormente fueron embajadores de Francia, políticos, dirigentes de los grandes bancos, o, como se suele decir sin modestia excesiva, altos funcionarios. En la ENA, Raymond Aron se entregaba a un ejercicio difícil. Al dirigirse, en su lección inaugural, a los alumnos de la prestigiosa escuela, les alertaba de que la formación de su futura carrera les alejaría de la filosofía política. Admitía que él no enseñaría nada acerca de temas decisivos como el sistema fiscal o la historia de la diplomacia. Señalaba que el curso era «particularmente inútil, pero que, desde ese punto de vista, podía ser considerado particularmente útil debido a su misma gratuidad». En efecto, aunque la disciplina se enseñe poco en Francia, y aunque no sea la favorita de los funcionarios, es la única forma de reflexión que prepara verdaderamente para el discernimiento y para la acción política, pues renunciar a la filosofía política equivale a adoptar una filosofía política implícita, ambigua y tal vez irracional.

Por ello, lo que Raymond Aron explicó a los alumnos de la ENA en 1952, a propósito de la democracia y la revolución —o, como él mismo señaló en el subtítulo del curso, del *maquiavelismo* y el *mesianismo*—, todavía re-

sulta útil al lector, sea cual sea su oficio o vocación. Poco importa que el autor guíe su reflexión a partir de la Constitución de la IV República y de los regímenes del este de Europa, elementos que han desaparecido de la escena política. Dado que Aron parte de la realidad histórica contingente para desvelar las cuestiones permanentes que la vida democrática nos plantea y que animan la esperanza revolucionaria, cabe descubrir en estas páginas una guía segura y estimulante para meditar acerca de las razones y las pasiones de la política.

Encontraremos también una introducción a dos de las obras maestras del autor, ya que Aron desarrollaría de nuevo esos temas en *El opio de los intelectuales*, publicado en 1955, y en *Democracia y totalitarismo*, el curso que ofreció en la Sorbona entre 1957 y 1958, y que se publicó en 1965.<sup>1</sup> Por lo tanto, el libro que presentamos al público se sitúa en el corazón de una obra en la que la enseñanza más general y la reflexión más alta permanecieron siempre unidas.

JEAN-CLAUDE CASANOVA

1. *L'Opium des intellectuels*, París, Calmann-Lévy, 1955 (Liberté de l'esprit); *Démocratie et Totalitarisme*, París, Gallimard, 1965 (Idées).



## INTRODUCCIÓN



Las filosofías políticas —es decir, los esfuerzos para organizar sistemáticamente una interpretación de las sociedades que permita obtener conclusiones prácticas— son de estructuras muy diferentes.

Un primer tipo de filosofía se define fundamentalmente por una visión de conjunto metafísica o religiosa. A través del estudio del cosmos o de la historia, dicha filosofía explica la vida humana o la interpreta de un modo determinado. En este caso, la conclusión política es consecuencia de esa interpretación general.

Un segundo tipo de filosofía política enfatiza los problemas característicos de la vida en común de los hombres, tal como dichos problemas se revelan en la experiencia histórica. Este tipo de filosofía entraña también un aspecto metafísico o religioso, pero se trata de un aspecto secundario.

En aras de la claridad, veamos rápidamente algunos ejemplos. Con respecto al segundo tipo, tenemos, en primer lugar, el caso de Maquiavelo, quien tal vez sea, dentro de la tradición occidental, el más grande pensador político o, al menos, uno de los grandes. Es cierto que Maquiavelo tuvo una concepción del cosmos y una con-

cepción religiosa, pero ni la una ni la otra eran originales respecto a las concepciones de su tiempo. Todo el esfuerzo de su pensamiento consistió en observar y analizar cuál era el curso de la política y no cuál debía ser, e intentó extraer de su análisis determinadas consecuencias fundadas en la experiencia. La filosofía de Montesquieu y la de Tocqueville serían del mismo tipo que la de Maquiavelo. Ambas proponen una determinada idea del hombre, pero su concepción es bastante trivial. Su originalidad descansa en la interpretación de la vida en común y de sus condiciones.

Al otro extremo de las mencionadas filosofías políticas se encuentra una filosofía como la de Kant, en la que apenas figura el objetivo propio de la política, es decir, la organización de la vida en común según relaciones de autoridad. Sin embargo, partiendo de una determinada concepción del hombre, Kant plantea lo que la política debe ser.

Esta oposición simplificada nos mostraría que unos investigan principalmente cómo funciona la política, mientras que otros intentan expresar cómo debería funcionar. Al igual que ocurre siempre que se procede a una oposición de dos términos, nos sobrarán ejemplos. Platón tomó como punto de partida, y tal vez de llegada, su meditación sobre los problemas de la ciudad griega. Sería entonces absurdo clasificarlo en la categoría de los metafísicos o de los moralistas y en oposición a los políticos. Sin embargo, lo que para nosotros resulta más interesante no es lo que Platón dice sobre la ciudad, sino lo que dice acerca del hombre y de las ideas. Se ha visto a veces en su filosofía a un reaccionario, y es muy cierto que, si se contempla su po-



sición en la ciudad griega, él, el admirador de Esparta, sería, por emplear el detestable lenguaje del siglo xx, un hombre de derechas. Es un hombre típicamente conservador, tradicionalista, que critica la democracia y que busca, en los modelos de las sociedades autoritarias y estables, lecciones para corregir la sociedad de Atenas. Por lo tanto, se puede interpretar a Platón a la luz de sus opiniones políticas y de los consejos propiamente políticos que da, pero es evidente que hoy nos interesa mucho más su filosofía acerca del hombre: el papel del ciudadano, la sabiduría, el cosmos, las ideas.

En la actualidad, en Francia, no se trata de hacer una filosofía política de tipo metafísico, simplemente porque el conjunto de los ciudadanos no acepta ninguna concepción metafísica o religiosa del cosmos. Al mismo tiempo, las filosofías que hoy están de moda no son especialmente ricas desde el punto de vista político. Creo que se puede decir, sin ser acusado por ello de albergar malas intenciones, que la política no es el punto fuerte del existencialismo. Jean-Paul Sartre o Maurice Merleau-Ponty tienen opiniones políticas, pero la relación entre sus opiniones y la filosofía existencialista no resulta evidente de manera inmediata. Ambos podrían ser existencialistas y tener otras ideas sobre la situación actual del mundo. Al menos hasta ahora, no han deducido, de su concepción de la libertad, una teoría de la sociedad.<sup>1</sup>

Por lo tanto, en el presente curso, que lleva por título *Introducción a la filosofía política*, seguiremos el método

1. Véase Raymond Aron, «Marxisme et existentialisme», en *Marxismes imaginaires*, París, Gallimard, 1970, pp. 27-61.

inductivo. Partiremos de las realidades políticas y, desde tales realidades, trataremos de remontarnos a los problemas fundamentales de la vida en común, de la autoridad, a través de la forma en que la historia nos plantea dichos problemas.<sup>2</sup>

2. La presente es una versión abreviada de la «Introducción» a la edición original francesa. (*N. del E.*)

PRIMERA PARTE  
DEMOCRACIA



I  
TENTATIVA DE DEFINICIÓN  
DE LA DEMOCRACIA

I. ANÁLISIS DE LA DEMOCRACIA OCCIDENTAL

Durante siglo y medio, el tema fundamental de la reflexión política en Francia ha sido la oposición entre los principios de la Revolución —el juicio individual, la igualdad de los hombres— y los principios del Antiguo Régimen —el orden, la autoridad, la jerarquía, la familia—. Renan y Taine pensaban aún dentro de esos límites. Y, aunque de otra forma, los filósofos de mi juventud, Alain y Maurras, continuaban obsesionados con la cuestión. Sin embargo, desde el siglo XIX algunos filósofos han considerado que dicha oposición no es el fenómeno decisivo. En particular, Tocqueville formuló el problema central de nuestra civilización del siguiente modo: el movimiento hacia la igualdad de los hombres, la supresión de las distinciones del estatus personal, es inevitable; las sociedades occidentales caminan irreversiblemente hacia la igualdad. La cuestión que se plantea es si una sociedad igualitaria será liberal o tiránica. A Tocqueville lo había impresionado en especial la experiencia de los Estados Unidos, donde creyó ver la imagen futura de las sociedades europeas, en el sentido de que la igualdad social, la igualdad de los hombres, de las perso-

nas, se había alcanzado allí de forma más plena que en las sociedades europeas, y, sin embargo, se respetaban las libertades.<sup>1</sup> Es decir, según Tocqueville, la cuestión es la siguiente: ¿es la igualdad compatible con el mantenimiento de las libertades políticas? Alternativamente, la cuestión planteada por Marx era análoga, pero este la formuló de modo distinto.

En el fondo, el problema central que quiero abordar en el presente curso es exactamente el planteado por Tocqueville: siendo un hecho el camino hacia la igualdad, ¿conservan nuestras sociedades la libertad política como un anacronismo o cabe la posibilidad de combinar una sociedad igualitaria con una liberal?

La primera parte del curso estará dedicada al análisis de lo que en el lenguaje corriente se denomina democracia occidental. A mi juicio, desde el punto de vista sociológico, la democracia puede definirse como la organización de la competencia pacífica con vistas al ejercicio del poder.

Esta definición se realizará a través de las instituciones y no de las ideas. Considero esencial hacerlo de este modo, ya que, de lo contrario, si se recurre a las ideas y se dice que la democracia es la soberanía del pueblo, en esa definición tendremos por lo menos dos palabras oscuras: *soberanía* y *pueblo*. Los juristas discuten indefinidamente para saber con exactitud qué es la soberanía. Nosotros, en cambio, podemos ponernos de acuerdo sobre la idea de que en toda sociedad hay hombres que ejercen el poder. En ciertas sociedades, es una realidad ins-

1. Puede consultarse el capítulo que Aron dedicó a Tocqueville en *Les Étapes de la pensée sociologique*, París, Gallimard, 1967, pp. 222-272.

titucional que quienes lo hacen no son designados por su cuna, sino al término de un proceso de competencia pacífica.

Además, cuando se dice «soberanía del pueblo» es posible cualquier malabarismo ideológico. En efecto, no se sabe muy bien qué es el pueblo: ¿es el conjunto de todos los individuos de una sociedad o tan solo de aquellos que poseen el título honorífico de ciudadanos?, ¿tiene una minoría activa más derecho a denominarse pueblo que una mayoría pasiva? La ideología política da pie a todo tipo de manipulaciones de la noción de pueblo. Así pues, conviene dejar de lado nociones tan oscuras y partir de hechos más sencillos.

La única objeción que se podría plantear a esta definición es que la organización de la competencia pacífica con vistas al ejercicio del poder parece dejar fuera el caso de la democracia directa, donde el conjunto de los ciudadanos, reunidos en asamblea, gobierna directamente. A mi juicio, desde la posición donde estoy emplazado, se puede considerar que la esencia de la democracia no reside en la democracia directa, sino que esta es más bien el caso extremo, en el que la competencia se ejerce mediante la reunión de todos los ciudadanos y también, algunas veces, mediante las decisiones que así se adoptan. Normalmente, la competición por el ejercicio del poder implica la designación de determinados individuos para ejercer las funciones de dirección.

A partir de este carácter esencial —la competencia pacífica por el ejercicio del poder—, creo que pueden hallarse con facilidad los atributos comúnmente referidos a la democracia política.